

díale suspender repentinamente las grandes comidas. La idea de que se susurrara *que estaba tronada* la ponía en áscuas, quitándole el sueño. Y si mi orgullo se sentía halagado por la fidelidad suya, que en tal género de vida tenía un mérito mayor, de esta misma satisfacción se derivaba mi zozobra por el temor de sorprenderla infiel algún día. La idea de que Eloisa me suplantara á lo mejor con alguno de aquellos tipos que la rodeaban, incensándola como á un ídolo, me enardecía la sangre, me agriaba el carácter, me ponía de un humor de mil diablos, desequilibrando mi sér y quitándome el dominio de mí mismo y las dotes de buen sentido que me transmitió mi madre. Pensando esto, yo descubría en mí no sé qué instintos de violencia y la disposición á ciertos actos que no sabía si calificar de locuras ó de majaderías.

Ningún motivo real tenía yo para sospechar que Eloisa se aficionara á otro hombre, y no obstante, la vida aquella de galantería y de lisonja, era para mí una vida de alarma angustiosa. Desgraciadamente, no podía apoyarme en el terreno de ningún derecho; no podía llamar en mi auxilio á la moral, y mis celos, impersonalizados todavía, debían luchar solos é inermes, cuando el caso llegara. Ninguno de los amigos de la casa me inspiraba temores en particular; inspirábanmelos todos. La colectividad era mi aprensión, y aquel coro de aduladores, mosca

que me zumbaba en los oídos, era mi pesadilla. Obedeciendo algunas veces á esa instintiva necesidad de atormentarnos que sentimos cuando el sistema nervioso se sale de sus casillas, me entretenía en concretar mi inquietud, suponiendo cómo sería lo que aún no era, imaginando lo verosímil, y convirtiendo los fantasmas en personas. La juventud fogosa de Manolito Peña, la opulenta vejez de Fúcar, la virilidad legendaria de Chapa, la osadía del Sacamantecas, la fealdad misma de Botín, la insignificancia de otros me eran igualmente sospechosas. Habría deseado perderlos á todos de vista, y que Eloisa, por amor á mí, se asimilase las antipatías que su corte me inspiraba y acabase por despedirla.

Verdaderamente, de ella no podía tener queja. Nunca fué más amante que en la época en que á mí se me despertó el santo horror á los malditos jueves. Su cariño se sutilizaba, se hacía más ardiente y hasta quisquilloso y suspicaz. ¡Cosa rara! También ella tenía celos. Nunca me he reído más que un día que se me enojó porque... ¡vaya una simpleza! "porque yo visitaba muy á menudo á su hermana Camila." Poco trabajo me costó desvanecer sus inquietudes mimosas. Nos desagráviábamos fácil y agradablemente firmando paces, que debían de ser eternas por lo apasionadas. ¡Qué mujer, qué vértigo, qué abismo de ilusión, dorado y sin fondo! Nuestras entrevistas nos parecían siempre

cortas, y expresábamos el afán de no separarnos nunca, de empalmar las horas felices, pues cada fracción del tiempo que pasaba, marcando una pausa en nuestros goces, nos parecía algo que se nos había robado. La publicidad escandalosa de aquel enredo y la ausencia de todo peligro habiánnos quitado la máscara. Ya no nos recatábamos, ya se nos importaba un bledo la opinión de la gente, que, por otra parte, no era severa con nosotros, pues nadie nos miraba mal, nadie extrañaba nuestra conducta, ni jamás oímos palabra ó reticencia que nos acusase. Se nos veía juntos en público; dábamos paseos matinales; yo iba á su casa por mañana, tarde y noche, y entraba y salía y andaba por todos los aposentos de ella como si fuera mi propia vivienda.

En aquel período de embriaguez, mi salud se resintió algo. Zumbáronme los oídos, como siempre que mis nervios se encalabraban, y esta mortificación me entristecía lo que no es decible. Eloisa, siempre llena de ternura, trataba de alegrarme con su sonrisa franca y cariñosa. Su jovialidad, que tenía por órgano la boca más fresca que era posible ver, declaraba la juventud y lozanía de su temperamento, el cual se hallaba en su plenitud, sin asomos de decadencia como el mío. Se burlaba de mis males nerviosos y hacía propósitos de curármelos; pero lo que hacían sus medicinas era ponerme peor.

Excuso decir que en esta temporada, que no sé si fué dicha ó tormento, ó ambas cosas combinadas, la aptitud de los números se eclipsó en mí. Mi dualismo estaba desequilibrado; mi madre dormía y la sangre andaluza de mi padre era la que mangoneaba entonces en mí. El pícaro vicio había acorralado en oscuro rincón del cerebro la energía educatriz de mis quince años de escritorio.

De tiempo en tiempo había como una tentativa de emancipación de la tal aptitud; pero el ruido de oídos la sofocaba en medio del entumecimiento cerebral. Ciertó que hice más de una vez apreciaciones mentales acerca de lo que debía costar el estrepitoso boato de Eloisa y la gala de sus celebrados jueves. Ciertó que Fúcar me hizo ver que en la casa de Carrillo se gastaba más del triple de la renta del capital. Varias noches, al retirarme á casa, iba pensando en esto; pero la excitación me impedía pensarlo con claridad y energía, y la sedación venía luego á adormecerlo todo, números y alarmas. Había además otra circunstancia digna de tenerse en cuenta para explicar mi pereza aritmética. Trascurría el tiempo; llegaba Febrero del 83, y Eloisa no me pedía nunca dinero. No parecía tener apuros ni ninguna clase de dificultades monetarias. Fuera del desembolso mensual de los regalitos, yo no tenía que dar tijeretazos en el talonario de mi cuenta corriente.

Ni ella me hablaba de intereses, ni yo á ella tampoco. Había quizás en ambos el temor de despertar un problema que dormía debajo de nuestras almohadas. Lo único que me permití fué hablar perrerías de los jueves, criticarlos bajo el doble aspecto moral y económico, y pedir que desaparecieran de la serie del tiempo.

“Pienso como tú—me dijo la muy mona;—pero yo digo lo que el Gobierno. Es preciso estudiar la reforma, porque si se hace de golpe y porrazo, podría ser inconveniente.

—Cuando los Gobiernos no quieren hacer una reforma—le respondí,—dicen que la están estudiando. Pero si la reforma no consiste en establecer sino en suprimir, el mejor estudio es obrar con valentía... Tú temes que te saquen alguna tira de epidermis. Mira, de todos modos, con jueves ó sin ellos, te la han de sacar. Con que así, no te esclavices.

Y esto lo decíamos media hora antes de la señalada para la comida. Aquel jueves el pobre Carrillo estaba bastante mal y no se presentaría. Le ví en su cuarto, y la profundísima lástima que me inspiró estuvo por mucho tiempo como estampada en mi alma. Aún hacía el pobrecito violentos esfuerzos por vestirse; aún mandó á Celedonio, su ayuda de cámara, que le trajese el frac; pero no pudo ni meter el brazo derecho en la manga. Se desplomaba. En su lastimoso estado, lo que principalmente sentía era no po-

der hacer los honores de la casa aquella noche, como todas, y encargaba á su mujer que atendiese á los invitados y no hiciera caso de él. Eloisa estaba aturdidísima. De buena gana habría despedido á sus comensales. Mas no; era preciso hacer un esfuerzo supremo, presidir la mesa, estar en todo y recibir luego á cien ó doscientas personas. ¡Tormento mayor...!

No tardaron en entrar Chapa, el *Saca-mantecas*, Peña, el secretario de la Legación de Holanda, después el ministro de Fomento, luego Botín y el general Morla. Todos, conforme iban llegando, se creían en el deber de poner una cara muy atribulada al enterarse de la indisposición del amo de la casa. Eloisa estaba realmente triste. Su situación en lo que llamaré el terreno aflictivo era bastante delicada; pues si aparecía muy afligida podrían dudar de su sinceridad, y si, por el contrario, se presentaba serena, las críticas serían más acerbadas. Comprendí, oyéndola hablar del enfermo con los convidados, que hacía esfuerzos por hallar el justo medio sin poderlo conseguir. Á veces iba muy lejos en el camino del dolor, y conociéndolo, la reacción en sentido de la calma era demasiado fuerte. Nunca ví lucha más horrible con las conveniencias sociales; y si las palabras de los amigos eran perfectamente discretas, sus miradas, al menos á mí me lo parecía, revelaban una ironía despiadada. Y Eloisa estaba triste en realidad. Sólo que á

veces se le antojaba que debía estar más triste, y á veces que debía estarlo menos, resultando de aquí que nunca acertaba con el tono exacto de la nota que quería afinar.

La de San Salomó llegó á última hora. Era la única señora que teníamos aquella noche. La comida empezó silenciosa, y por una de esas fatalidades de la conversación, que no es posible vencer, sólo se hablaba de enfermedades, de médicos, de aguas minerales. De rato en rato, un criado traía noticias del señor para tranquilizar á la señora. Estaba mejor, se le iba pasando el ataque. Con esto se sosegaba Eloisa, y todos hacíamos el papel de que se nos transmitía por arte mágico su contento. Pepe estaba en su habitación acompañado del médico y de su ayuda de cámara. Sólo el marqués de Cícero, como de la familia, había entrado á verle. Después ocupó en la mesa la cabecera que al enfermo correspondía, y entreveraba los bccados con suspiros. El general Morla me tocó al lado, y hablamos de la enfermedad de Pepe con la misma calma que si se tratara de lo buenas que estaban las codornices trufadas. "Este hombre se va—me dijo.—He visto morir á muchos de ese mismo mal, que debe de ser cosa del hígado. Cuando menos lo piense Eloisa, se queda viuda. Tal vez esta misma noche." Después me contó la muerte de Narvaez, la de Pastor Díez, la del general Manso, la de Carlos Latorre, la del marqués de

Valdegama. Aún no había dado fin á esta fúnebre crónica, cuando se sintió en lo interior de la casa un ruido extraño. Algo muy grave ocurría. Todos nos quedamos fríos. Los tenedores, suspendidos sobre los platos con el pedazo de *fond d'artichauts au supreme*, aguardaban que se aclarase el angustioso misterio para seguir hacia su destino. Sólo Botín oía mascando. Levantóse Eloisa bruscamente y fué á la puerta antes que entrase el ayuda de cámara, á quien sentimos venir á la carrera. Oímos cuchicheo de zozobra y ansiedad. Eloisa corrió hacia adentro, Celedonio también.

VI

Gran silencio en la mesa. Rompiólo al fin el general con estas palabras: "Cuando digo yo... oye, Santiaguito, sírveme Jerez.

Sanchez Botín no sabía disimular el furor que le dominaba por causa del maldito Monsieur Petit, que no puso aquel día en la mesa la lista de platos. Resultado de esta preterición, (que parecía una estratagema traidora) fué que mi hombre se atracó de *roastbeef* á la inglesa, y cuando aparecieron las codornices ya no le quedaba para ellas todo el hueco estomacal que merecían. Se podían leer en las serosidades lobulosas de su frente sus irritados pensamientos. Estaba verde, y sus gruesos labios engrasados

se estremecían como los labios de los perros cuando van á ladrar. "Esto no pasa más que aquí. Vale más ir á un mal *restaurant*,"—de seguro diría. Al través de las gafas de oro, sus ojos inyectados y como queriendo salirse del casco, arrojaban destellos de odio contra el pobre Mr. Petit.

Poco á poco volvió á sonar el metal de cucharillos y tenedores sobre la porcelana. Ligera oleada de animación, corriendo de una punta á otra de la mesa, agitó la doble fila de cabezas. Cada cual comunicó á su vecino sus observaciones, unos en voz baja, otros en alta voz. En aquella mesa rara vez se hablaba sin doble sentido. Debajo de la conversación verbal, serpenteaba la intencional como la víbora entre hojas. Interpretarla y devolverla era el encanto de los comensales. Las circunstancias no pudieron hacer que aquella conversación nuestra fuese lúgubre, aunque sólo se hablaba de enfermedades y de la aterradora muerte. La marquesa de San Salomó iba preguntando á todos uno por uno si tenían miedo á la muerte y en qué forma se les presentaba al espíritu. Cada cual respondía cosas diferentes, la mayor parte poco ingeniosas. Fué la misma Pilar quien dijo: "Yo soy cristiana católica y vivo preparada. Á pesar de esto no me gusta ver entierros,"... "Es que no tiene usted la conciencia tranquila—dijo no sé quién, derivándose de esto un tiroteo de frases, esmaltadas de

discretas risas. "Me parece que les estoy viendo á todos ustedes—dijo Pilar,—bajando de patitas al Infierno,"... "Como la llevemos á usted por delante,"... "¡Á mí! Usted está mal de la cabeza. ¡Á mí!,"... "Sí, señora. Y si usted se empeñara en no ir, elevaríamos una sentida exposición á Dios, pidiendo que la destinara á usted á nuestro departamento,"... "¡Aunque sólo fuera en comisión de servicio!" Siguió á esto un gran debate, sobre si hay ó no Infierno, si el Limbo es verdad ó figuración teológica, y por último, hacia qué parte cae el Purgatorio.

Me parecía mentira que la comida se había de concluir. Cuando acabó, fui á enterarme por mí mismo del estado de Carrillo. El ayuda de cámara, á quien encontré en el pasillo, díjome que habían metido al señor en un baño caliente, y que ya estaba mejor. Parecióme en verdad muy aliviado cuando le ví. Regresé al salón, donde estaban tomando te y café bajo los auspicios de la marquesa. Ésta debió de conocer en mi cara que llevaba noticias buenas, y me preguntó con mucho interés por el enfermo. Díjele lo que sabía, y ella, tomando tonos de intimidad y de secreteo, hablóme así:

"¡Qué noche para la pobre Eloisa! Dígale usted que no se apure; que se esté por allá. Yo entretendré á esta gente como pueda.

—Precisamente, me acaba de encargar dé á usted un recado semejante.

—¿Y está mejor, es cierto?—me preguntó mirándome de un modo que era nueva apelación á mi confianza.

—Diré á usted. Yo creo que esto es una remisión pasagera. El pobre Pepe está muy malo; hace tiempo que lo vengo diciendo...

—Yo también... Cuidado que pasarán ustedes malos ratos. Eloisa no es para cuidar enfermos. Usted tampoco... Y la verdad, no hay cosa más triste que estar viendo padecer á una persona de la familia sin poder aliviarla. Vale más, mucho más, que acabe de una vez...

—Sin duda alguna—le contesté, por contestar algo.

—Dígame usted—añadió arrimándose más á mí y acentuando el tono de confianza.—¿Carrillo ha dejado intacta la fortuna que heredó de la marquesa de Cícero?...

—Señora, habla usted como si ya...—respondí espantado.

—¡Qué tonta!... Quiero decir, *dejará*... Es verdad que todavía no ha concluido... ¡pobrecillo!

—Creo que sí—contesté mintiendo, porque decirle la verdad era como mandar un comunicado á la prensa.—Sí, su capital permanece intacto.

—Sí?... ¿de veras?—dijo sonriendo y dando al *de veras* ese dejo de burla que es tan elocuente en el lenguaje popular.—Ó usted se ha caído de un nido ó piensa que me he caído yo. Voy á dar-

le una taza de té para que se le aclaren las ideas.

—Gracias... Pues decía que el capital permanece intacto... Carrillo es un hombre prudente.

—Lo que es eso... Se pasa de prudente. Pero vamos al caso. Si lo que usted me ha dicho es cierto, seguramente ha hecho usted muchos números.

—Algunos he hecho.

—Con franqueza... Respóndame usted á lo que le pregunto. ¿Cuando pase el luto, seguirán los grandes jueves?

Esta pregunta me enfrió la sangre. Pero pronto supe amoldarme á la situación y á las conveniencias, y contesté decidido, como la cosa más natural del mundo:

—¡Quiá!... ¿Por quién me toma usted, señora? Creo que el presente es el último de los jueves habidos y por haber.

—Así, así, energía... Me gustan á mí las personas de caracter... Pero el hombre propone y... nosotras disponemos. Á Eloisa le gusta esto, y si pudiera, todos los días de la semana los volvería jueves... ¡Qué disparates digo... ahora que está la pobre tan afligida...! Me cortaría esta pícaro lengua. Usted tiene la culpa, usted...

En aquel instante, el marqués de Fúcar, que no había venido á comer, ocupó su puesto frente á la marquesa. Seis personas más formaban la corte de ésta. Los que entraban á saludarla oían

de su boca frases apropiadas al papel que hacía. Daba excusas por la ausencia de Eloisa, pintando con melancólicos colores las circunstancias en que estaba la casa. Su voz tomaba un tono patético, que habría hecho llorar á un cerrojo. Y cada persona que llegaba decía la indispensable formulilla de lástima y desconsuelo, echándola en el corrillo como se arroja la moneda de compromiso en la bandeja de plata de un petitorio. Suspiraba Pilar y daba las gracias en nombre de su amiga, añadiendo con religioso acento y expresivo arquear de cejas un *Sea lo que Dios quiera*.

Fuí hacia donde estaban los fumadores, y después á la sala de juego, que parecía un verdadero casino. Algunos hablaban del suceso con entera libertad, y otros jugaban ó reían sin acordarse para nada del pobre amo de la casa. Severiano, que entró de los últimos, me dijo:

“En el Casino corrió la voz de que Pepe había muerto de repente en la mesa, cayendo sobre tí y derrumbándote un hombro.

De pronto ví pasar á Eloisa, que venía de las habitaciones de Pepe. Todos se abalanzaron á saludarla. Su cara revelaba contrariedad y tristeza, y el traje de color rosa-té, de sencillez arcadiana, le sentaba tan á maravilla que parecía una elegante pastora del pequeño Trianon, llorando ausencias de algún pastor de peluca. Dió afables excusas por su ausencia... Gracias

á Dios, el pobrecito Pepe estaba mejor. Un coro de pésames por la enfermedad y de felicitaciones por la mejoría demostró cuánto la querían sus amigos. Oía mi prima el coro con aturdimiento de actriz que no está muy fuerte en su papel. La desconcertaba el temor de parecer demasiado triste ó demasiado consolada. Aprovechando una ocasión propicia, me dijo al oído: “Ve allá... Quiere verte... No hace más que preguntar por tí.,”

Aunque tal visita me disgustaba, corrí al aposento de Carrillo, y al alejarme del tumulto de los salones, sentí como un secreto miedo supersticioso. Fuerte olor de láudano denunciaba la pasada batalla entre la química y el dolor. Era el olor de la pólvora. Celedonio y el médico, dos combatientes valerosos, estaban de pié junto al lecho. Ví en éste el rostro amarillo de Pepe, que me recordaba el San Francisco de Alonso Cano, macerado, febril y exangüe. Su nariz era como el filo de un cuchillo. Sus ojos tenían un cerco morado, y las pupilas atónitas un no sé qué de espiritual, de soñador, avidez de martirios y apetitos de inmortalidad. Fija en las almohadas, aquella cabeza de santo no tenía vida más que en los ojos y en las arqueadas cejas. La boca inmóvil y entreabierta, parecía endurecida por el pasado suplicio. Su corta barba de un color sienoso, y el cabello negro, partido con natural elegancia en gruesas guedejas,

daban al total de la cabeza el aspecto de antigua escultura en madera con la pátina del tiempo. En mitad de la pieza, el baño despedía un vapor tibio que me sofocaba, como si el dolor que se había disuelto en el agua, se exhalara en ondas y viniera á mugir en mis oídos y á acariciarme la piel. En un ángulo, sobre el velador decorado con la vista del Parlamento inglés, estaba la encendida lámpara de bronce, en figura de candelón, despidiendo, al través de la bomba esmerilada, claridad blanda y lechosa. El médico, con el sombrero puesto ya, se estaba envolviendo el cuello en un tapa-bocas, pronunciando las fórmulas de despedida. "Ya no hago falta por esta noche. Mañana veremos. No hay cuidado." Y llegándose á Pepe le dirigió frases de cariño. "Mucha quietud, que eso no es nada. Dentro de unos días, volverá usted á su vida habitual." Fui con él hasta la habitación próxima, y al despedirle, me dió á entender con un mohín de su expresiva cara que si por el momento no había peligro, la enfermedad marchaba á pasos de gigante.

VII

Fuíme entonces derecho á Pepe, que me recibió con sus ojos fijos en la puerta por donde yo debía entrar. Como no se le veía más que la cabeza, hizome ésta el efecto de la de San Juan Bautista, la cabeza cortada que el arte religio-

so presenta siempre servida en bandeja como un manjar. Luego que me miró bien, sacó de entre las sábanas su mano, que era toda huesos, y en la cual la imaginación, á poco que lo intentara, podía ver una de las llagas del Seráfico, y buscó la mía. Cuando estrechó mi carne con aquel alicate de hueso, me corrió por el cuerpo un hielo mortal.

"¿Qué tal vamos?—le dije inclinándome para verle mejor.

—Caro te vendes, hijo. Se muere uno aquí sin que los amigos vengan á echarle un vistazo.

—No quería molestarte. ¿Y cómo estás ahora?

—He pasado un rato muy malo—replicó sacando difícilmente las palabras del pecho.—Pero después del baño me encuentro muy bien. Eloisa se ha asustado mucho. Estos trances no son para ella... ¿Quién ha venido?

Díle cuenta de todas las personas que había en la casa.

"Que no parezca que estoy enfermo—añadió con brío;—que se diviertan como si no ocurriera nada de particular. Y verdaderamente no estoy tan mal. Todo ha sido un cólico nefrítico, el paso de las arenillas desde los riñones á la vejiga. Dolores espantosos; pero en fin, nada más... Todavía...

Miróme con cierta intención compasiva, jextraña compasión! y haciendo un gran esfuerzo por emitir con toda claridad la voz, dijo:

“Todavía te has de morir tú primero que yo... Lo veo, lo conozco, no sé por qué... Me dijo mi mujer que estabas muy malo, que habías tenido vómitos de sangre.

—¿Sí?... ¿te lo dijo?

Creí prudente no negarlo. Eloisa tenía la costumbre, cuando le veía muy malo, de contarle imaginarias enfermedades de otros. Le consolaba como se consuela á los niños.

—Y que todos los días tenías fiebre.

—Es verdad — afirmé. — No estoy bueno ni mucho menos.

—Cuidate... cuidate. Sentiría mucho que en lo mejor de la edad...

—Sí, sí, estoy decidido á cuidarme.

—Yo estaré en pié la semana que entra — añadió, galvanizándose con su espiritual fuerza, — y volveré á mis quehaceres de siempre. Tengo un gran proyecto. Pienso construir un edificio para albergue de huérfanos pobres; gran pensamiento, magnífico plan. Habrá hospital, clínica, consulta, talleres, escuelas, gimnasio. Se necesitan seis millones de reales. Cuento con tu cooperación, si no te perdemos antes. Eloisa se encargará de organizar con sus amigas funciones en los principales teatros. Yo solicitaré el auxilio del Gobierno y de la familia Real. Tú harás lo que puedas entre tus amigos...

No sé hasta dónde habría llegado este coloquio, si felizmente no entrara mi prima.

“¡Eh... basta de conversación! — dijo, poniendo su mano derecha en mi hombro y la izquierda sobre la frente ardorosa de Carrillo. — Lo primero que ha ordenado el médico es el reposo, y... punto en boca.

—Sí, hija, ya me callo, ya no diré una palabra más. Estábamos hablando de mi hospital de San Rafael. Llevará el nombre de mi hijo.

—Más vale que te duermas ahora. No pienses, no te acalores. Ya haremos un hospital, y dos si es necesario... José María y yo te ayudaremos... ¿Verdad? Los tres vamos á ocuparnos mucho de eso desde mañana. Vaya, basta de conversación. José María, aquí estás ya de más.

En la habitación que precedía á la alcoba, volví á ver á Eloisa, que me habló así:

“¡Qué malos augurios ha hecho el médico! ¡Pobre Pepe!... La convalecencia de este ataque será cruel. ¡Qué días me esperan! ¿Vendrás mañana á acompañarme?

—¡Qué pregunta!

—¿Y no has visto al pequeño? Pasa — me dijo cariñosamente, empujándome hacia una puerta.

—El pobrecito se despertó con los gritos de su padre; pero debe de haberse dormido otra vez... Pasa... Vengo al instante. ¡Cuánto deseo que se marche esa gente!

El pequeño dormía. Preguntóme el aya por el señor, y le dije lo que me pareció. De buena gana me habría quedado allí un buen rato, sin

hacer otra cosa que contemplar el envidiable sueño de aquel ángel. Pero Eloisa entró á ver á su hijo, y sacóme del éxtasis en que yo estaba, dejando volar mi pensamiento á las alturas de contemplaciones muy espirituales. La mano de mi prima se posó sobre mi hombro, y oí estas blandas palabras:

“Ve al salón. ¡Qué gente, qué pesadez! Extrañarán que no estés allí. El pobre Pepe está aletargado. Creo que pasará bien el resto de la noche.

Salimos juntos, y en el pasillo nos separamos. Echóme una mirada de tristeza, diciéndome con severidad dulce:

“Ya sé que ha habido mucho secreteo con Pilar. No puedo descuidarme un momento.

—¿Pero eres tan tonta que...?

Celos tan inoportunos me causaban hastío.

“Ni afirmo ni niego nada. No hago más que hacer constar un hecho — replicó, apretándome ligeramente el brazo con sus dedos.

En la reunión tuve que sostener conversaciones que me aburrían, contestar á preguntas que me incomodaban y resistir una lluvia de frases de doble sentido. Poco á poco se fueron aclarando los salones. La de San Salomó salió de las últimas, llevándose, como de costumbre, al general, que vivía cerca de su casa.

“¿Usted se queda aquí?—me dijo.—Velará usted. Cada cual á su puesto de honor.

Á última hora fui á enterarme del estado del enfermo. Eloisa me salió al encuentro en el pasillo. Se había quitado su vestido de sociedad y puéstose la bata de raso blanco. Como se apareció con una luz, creí ver á *lady* Macbeth cuando el paso aquel de las manos manchadas. Llevándose el dedo á la boca, dióme á entender que Carrillo dormía, y en palabras muy quedas me dijo: “Está tranquilo. Mas por lo que pueda suceder, me quedaré en el sofá de su cuarto. Voy al despacho á buscar una novela, porque de fijo no podré dormir.

Contesté que yo velaría; pero se opuso tenazmente, alegando lo quebrantado de mi salud, mis pocas fuerzas...

“Necesitas descansar—me dijo con el mayor cariño.—Duerme ocho horas si puedes... Aquí no haces falta. Celedonio y yo nos entendemos. Esta noche, caballero, se va usted á su casita.

Empujóme suavemente hacia la antesala, después de susurrarme esto: “¿Vendrás mañana? Mira, que no faltes. Ven á almorzar. ¿Te espero? No me hagas rabiarse. Si á las diez no estás aquí, te mando siete recados. Esta soledad es horrible. Esta noche, si duermo, voy á soñar veinte mil disparates.

Ella misma me lió el pañuelo á la garganta y alzóme el cuello del gabán: “Abrigate bien, por Dios... Haz el favor de no constiparte aho-

ra. ¿Hay ruidito de oídos? Voy á soñar que es verdad lo que te dijo Pepe, que arrojas sangre por la boca y tienes fiebre...

Cariñosa y amante me despidió, y yo salí pensativo.

XII

Espasmos de aritmética que acaban con cuentas de amor.

I

Carrillo mejoró en los días sucesivos. Aquella vida desplomada se sostenía con un esfuerzo prestado por el espíritu para engañarse á sí misma y á los demás. Salió de la terrible crisis por tregua de la muerte, y desde que pudo sentarse, puso atención ardiente en las ocupaciones que tanto le entretenían. Admiraba yo aquel tesón, aquella esclavitud del deber, que en el heroísmo rayaba, y la indiferencia con que, pasada la fuerza del mal, miraba Carrillo sus insufribles martirios. No tenía aprensión ni afán de medicarse. Figurábaseme ver en él, á veces, uno de esos hombres de temple superior y esco-